



CAPÍTULO X.

AQUELLA noche iba á ser fecunda en emociones. Esperábase al marido de un momento á otro, y á juzgar por el arranque que había tenido, no estaba en situación moral muy á propósito para entrar en razón.

—Qué hacemos? preguntó Lola.

—Qué hemos de hacer, contestó Zubietta, esperar tranquilamente á don Manuel.

—Dios me libre, se va á armar una.

—Que se arme.

—Eso dice usted?

—Es natural.

—Por qué?

—Porque huír sería hacerme delincuente, sería la corroboración de sus sospechas.

—Pero por otra parte, objetó Lola, cómo le podríamos probar que el organito ha sido una coincidencia casual?

—Es muy sencillo, yo me encargo de eso.

—Temo que no vaya usted á tener la calma necesaria para rebatirle, y...

--Tendré toda la calma que sea necesaria, y sobre todo, cuando todo lo que en este particular haga yo, nunca será con más espíritu, que el de reconciliar los ánimos y procurar á toda costa la tranquilidad y la paz en esta casa.

—Así lo creo, Zubieta, y se lo agradezco á usted infinitamente; pero temo que todos sus esfuerzos de usted se estrellen ante la obstinación incomprensible de mi marido.

Estoy convencido de que una vez rotos en el matrimonio ciertos eslabones, éstos no se pueden soldar, y veo con una tristeza profunda, que cada paso que mi marido da

en la senda que se ha propuesto seguir, lo aleja más y más de mi cariño.

No habían dado las diez cuando se presentó don Manuel.

Saludó á Zubieta con visible desagrado, no le habló á Lola y entró á su recámara.

Pasó un largo rato, al cabo del cual don Manuel vino á sentarse en uno de los sillones de la sala frente á Zubieta.

Transcurrió otro largo rato de silencio; pero Zubieta fué quien se decidió á romperlo.

—Qué tiene usted, don Manuel?

—Nada, por qué?

—Le veo á usted preocupado.

—Sí, es cierto, hay cosas que por más que uno no quiera saber.

—Pues qué ha sabido usted?

—Nada, chismes, cosas que no valen la pena, pero que siempre molestan: figúrese usted que Lucesita es una de las personas que se han empeñado en ocuparse de los asuntos privados de mi casa y toman la cuestión con un calor que no parece sino que es cosa que les incumbe directamente.

—Pues qué dicen, don Manuel.

—Decían que usted, que si viene usted todas las noches y que te fué y que vino, y que si yo, y que si pobre de mí, y luego que la pobre Lola, y qué se yo; es ésa una jerga que no he acabado de comprender.

—Y usted da oídos á semejantes consejas? en todo caso, nadie mejor que usted sabe á qué atenerse con respeto á las personas que le rodean, pues supongo que las protestas de usted en este asunto son enteramente sinceras.

—Ah! por supuesto, no hay que dudarle, pero por otra parte, debe usted convenir en que es muy molesto que las gentes estén pendientes de cuanto uno hace.

La situación en que como hemos visto ya estaban colocados don Manuel, Lola y Zubieta, era un verdadero callejón sin salida, en el que mientras más se tratara del asunto, más había de complicarse.

El delicado y grave asunto de las infidelidades conyugales, ha dado ocasión á ingenios muy superiores, á entrar en un mundo

de consideraciones filosóficas, de las que unas veces nacen teorías mas ó menos absurdas, ó conclusiones extravagantes: pero en lo que sí no cabe duda, y lo que nosotros aceptamos, como corolario, es en que todos los males que emanan de la falta de acuerdo en el matrimonio, son siempre gravemente trascendentales, y todos esos males tienen por origen la imperfección en la unión moral del matrimonio.

A medida que las sociedades se materializan, aumenta el número de víctimas conyugales. El inmoderado deseo del lujo y los placeres, las comodidades, y ese conjunto de oropeles y aspiraciones á que se entregan las sociedades movidas al soplo de una civilización deslumbradora, van cegando de día en día las fuentes puras del idealismo, y agostando esas primeras flores del alma, cuyos aromas son esas virtudes de que se ríe el materialismo actual.

Por fortuna nuestra aún subsiste en México el *matrimonio de inclinación*, calificado de estupenda barrabasada en sociedades que

se reputan mas adelantadas que la nuestra.

Pero lejos de imitar á los que *contratan mujer y ajustan matrimonio*, nos place conservar siquiera respeto por el matrimonio por amor, porque sólo en la unión moral perfecta encontramos que puede garantizarse la felicidad conyugal.

La elección: hé aquí el primer tropiezo y la mas grave de las dificultades con que empiezan á luchar los contrayentes.

¿Qué novio no cree haber sido maestro en la elección? ¿qué desposado no está orgulloso de su conquista?

Pero al mismo tiempo, cuántos son los que no creen haber ahogado en su matrimonio una ilusión ó una esperanza.

Sentid un día en vuestro corazón ese divino estremecimiento de amor que se parece á esas oscilaciones espontáneas de las flores, cuando tal vez al abrirse han experimentado todo el placer de vivir; leed en medio de ese rayo fulgurado de vuestra alma á merced del nuevo soplo de vida que recibis, leed en unos ojos que destellan

la refulgente promesa de un amor que es lampo, que es aurora, que es luz de un mundo superior, adivinad todo esto en una mujer á quien haceis angel, en un sér que imagináis ser el único en la creación, dueño de vuestra ventura, única felicidad; temblad, y en el fluído de vuestra mirada irán no sabemos qué átomos invisibles que van á mezclarse en los efluvios de vuestra aparición, de vuestro foco de dicha encarnado en una criatura hechicera, sentid que vuestra alma vuela hacia ese universo que os atrae y que os endiosa.

Entonces sentiréis como otro fluído que también se desborda y vuela hacia vos, trae no sabemos qué moléculas invisibles que vienen á apoderarse de los efluvios de vuestra alma.

Entonces os sentís multiplicado por vos mismo, vivís con el crecimiento, y centuplicando vuestro poder vital, habéis sentido vuestro espíritu engrandecerse, al percibir una perfectibilidad moral cuya existencia ignorábais.

Concentraos enseguida en aquel solo sér que estais destinado á adorar, consideradle como la fuente inagotable de vuestra dicha, y amad, amad como se ama á los veinte años, con la fé del mártir, con el entusiasmo del poeta, con la poesía del angel, amad, anegándoos en una felicidad mas grande, cuanto mas inmaterial, mas embriagadora, mientras mas casta; os sentiréis dueño del mundo, en fin, como si todo el mundo estuviera lleno de amor.

El amor que os dan, es el primer amor; el amor de una virgen tan tierna como casta, y pura como los ángeles.

Vuestro espíritu y el de vuestro angel son una sola llama; vuestro amor una sola luz.

Seguid levantando los ojos en vuestra dulcísima mistificación, y no veais que á vuestros piés está la carne, y que os habéis arrodillado sobre un nido de culebras.

Seguid, y cada uno de los detalles de vuestros amores irán nublando la primera irradiación de vuestro espíritu, y en cada

paso que dareis en la senda de vuestros amores, irán poniéndoos en contacto con el mundo material que os acecha y que os arrastra á su prosa; y á medida que vuestro primitivo entusiasmo os impulse hacia arriba, tendrá necesidad de descender de vuestras alturas, hasta tener que pagar con centavos á los que van á permitir os seáis feliz. Admitirán todos los que os rodean las locuras de vuestro entusiasmo, y la poesía de vuestros amores sólo como el primer capítulo de vuestra obra, y os urgirán porque continuéis, porque todos quieren que llegueis al fin de una historia que nada les importa; y desde que os veis rodeado de vuestros parientes y urgido por las consideraciones sociales á hacer lo que todos hacen y lo que han hecho todos los que os han precedido, en el uso de su propia felicidad, ya no tendrán tiempo sino de ocuparos en una tramitación embarazosa, y vacilais aún, lleno de sublime amor, en si comprareis dos sartenes, ó si vuestra presunta esposa necesitará ollas de hierro estañado; interrumpirá

la mas brillante de vuestras elucubraciones amorosas, la costurera que os consulta un dobladillo y el tapicero que pregunta cuántas camas necesitáis; hay quien os ofrezca cuna, pero vuestra suegra se opone á la compra sin dar sus razones; se ríen en vuestras barbas vuestros amigos solterones, y notáis un cambio incomprensible en cada fisonomía. No os ocurre consultar á nadie si os casareis, porque ya lo habeis decidido; pero todos se guardan de aconsejar á usted que lo piense.

Como es muy natural, elogiareis á vuestra novia por vía de desahogo, y encontrareis la misma clac por todas partes.

Algunos zumbones os pondrán la mano en el hombro para deciros: «¡conque te casas!» y estudiarán vuestra fisonomía cuando pronuncieis el sí que dareis á todos los que os lo pidan, y os ocupareis, en fin, de tantas cosas, que sin cesar vendrá á vuestra mente esta idea:

Se os figurará que habeis interrumpido una conversación con vuestra novia; esta-

reis procurando recordar á cada paso, qué cosa es lo que teníais que decirle, y de la que no podeis acordaros; os parecerá que habeis hablado poco con vuestra novia, porque han sido tantas las interrupciones y tantos los testigos, y habeis luchado con tantos pequeños contratiempos, que os parecerá que os falta algo.

Recordareis vuestro primer deslumbramiento, porque esa impresión no la olvidareis jamás, ni volvereis á sentirla y sólo os consolareis con la idea de que pasadas las ceremonias, estareis horas enteras con vuestra mujer, solos, muy solos, sin nadie que os interrumpa, sin testigos importunos, y reservareis para entonces muchos pensamientos sueltos, muchas cosas que os habeis dejado en el tintero.

Por más que os tardeis dos meses en preparar vuestro matrimonio, os parecerá que lo habeis hecho todo con precipitación.

Por fin os casais.

La emoción os produce una especie de abrumamiento; pasais como sobre arenas

por todos los trámites, y hay momentos en que en vez de pensar en el paso que vais á dar, os entreteneis en contar los botones del chaleco de un quídam ú os distrae una labor del tapiz de la sala, ó pensáis en un detalle pueril más de lo que en sí merece, pero sin poderlo remediar.

Pero en medio de todo, propendereis á llevar vuestro pensamiento á los primeros días de amor, al primer instante, ese primer instante lo habeis estereotipado en vuestra alma, y todos vuestros sueños, y todas vuestras ilusiones, propenderán á parecerse á aquellos instantes, como si quisiérais soldar los dos eslabones de una cadena rota.

Os casais por fin.

Pero los dos eslabones siguen sin unirse; habeis tenido muchas visitas, se os han aglomerado vuestras atenciones, han continuado las interrupciones inoportunas.

Vos no lo sabeis, pero ha empezado á correrse el velo de un escrúpulo en vuestro primer deslumbramiento; teneis cien horas de vida material, por un instante de idealismo.

El mundo no os deja poetizar, os interrumpe á cada paso; vuestra mujer siente todo esto, pero no se atreve á explicároslo, porque le parece una cosa muy grave hablar de eso, y porque teme que interpreteis mal sus palabras.

Le haceis á vuestra mujer los últimos cumplimientos, de que se reiría de buena gana un observador y los dos eslabones siguen desunidos.

La prosa de los acontecimientos va gastando vuestro anhelo por idealizar, y ya os acordais con menos frecuencia del primer día de amor.

El mundo acabará por bajaros de vuestro pedestal.

Vos cumplireis con el mundo, y vestireis á vuestra mujer creándoos una situación ficticia, de un lujo que empieza á espantaros, y os decidís con energía á aceptar el papel de buen marido: sois puntual, sois sóbrio, sois metódico, no falta nada en vuestra casa.

Os seguís olvidando de los eslabones rotos, y como si de intento lo hiciérais, os

acordais de anudar ciertas conversaciones con vuestra mujer, precisamente cuando no estais solo con ella; después os encontráis las visitas, los curiosos, los convidados y los parientes.

Nada de eslabones.

Os da por comer bien y por estar bien servido; os volveis nimio, y os preocupa la salsera y la fuente, y el cubierto y las servilletas.

Cuanto teneis en qué pensar, vuestra vida sigue agitada á pesar de que ya se acabó el quehacer de la boda.

Pasan los meses, viene la primera enfermedad, os afectan, se afectan las visitas, temeis, y aplazais la conversación que teníais preparada acerca de las primeras impresiones y la cadena sigue rota.

Por último, pasa un año, teneis mucha confianza ya con vuestra mujer, y os empieza á parecer inoportuno hablar de lo primero, y lo que es más, os tranquilizais con respecto á este punto, pensando en que vuestra mujer es tan buena mujer que no

debeis calentarla la cabeza con esas cosas, porque al fin podían hacer un mal papel.

El día menos pensado exclamais:

—En fin, ha pasado ya la luna de miel, ya sé lo que es ser casado.

Visis, vejetais, y acabais por acostumbraros á todo.

Los eslabones no llegaron á unirse.

Después... navegais en la misma tabla que todos los maridos.

Es que al sentir el amor del primer día, abristeis la puerta del mundo espiritual y la dejásteis entreabierta para bajar al mundo de las necesidades materiales.

Lola y don Manuel habían hecho otro tanto.

Estaban expuestos á ser muy desgraciados.

La opinión pública, ese Argos sempiterno, ese juez inexorable, que no sabe pronunciar más que un solo fallo, había lanzado su estigma sobre aquel matrimonio...
